De Valparaiso

AL

Lago Llanquihue



DIARIO DEL VIAJE

EFECTUADO POR EL

Doctor AQUINAS RIED

ER

1847

DIARIO DEL VIAJE

EFECTUADO POR EL

Dr. AQUINAS RIED

desde Valparaíso hasta el Lago Llanquihue y de regreso

(7 de Febrero de 1847 al 20 de Junio del mismo año)

(Traducido del inglés)

(Publicado simultáneamente en el N.º 40 de la Revista Chilena de Historia y Geografía)

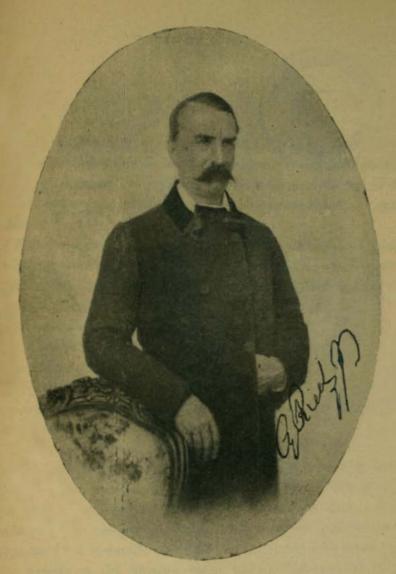
PRÓLOGO DE MANUEL MAGALLANES MOURE

PORTADA DE ALBERTO RIED

y en el texto 16 apuntes originales del Doctor Ried



Santiago de Chile IMPRENTA UNIVERSITARIA Estado 63 1920



Doctor Aquinas Ried

ALBERTO:

Muy justificado y muy hermoso tu empeño en dar a conocer el diario de viaje de tu abuelo bávaro, el doctor Aquinas Ried, ese hombre verdaderamente extraordinario por el vigor de su personalidad y la extensión de sus múltiples actividades.

Político y propagandista en sus años juveniles, después médico y catedrático, músico, poeta, dramaturgo, viajador infatigable, observador agudo, es cosa de admirar la energía intelectual y física de tu ilustre antepasado y la generosa fecundidad de su labor artística y científica.

La traducción y la publicación de este diario de viaje, no es ciertamente uno de esos piadosos homenajes que el afecto rinde con frecuencia a los muertos familiares, manifestaciones injustificadas, a veces, ante aquellos cuyo criterio no está invadido o anulado por el amor filial.

Ni para ti ni para los tuyos soy un extraño, querido Alberto; pero aunque nos liguen vinculaciones de vieja amistad y hasta relaciones de familia, creo estar en lo cierto al pensar que lo haces hoy en memoria de tu abuelo paterno, es, más que una simple demostración sentimental, hermosa en aspecto, pero reducida en significado, la ofrenda justiciera del artista y del hombre culto que tú eres, a aquel que te precedió en la vida y que te dejó en herencia lo más precioso de su personalidad moral: la sensibilidad artística y la inquietud científica, esas dos grandes y fuertes alas inmateriales, cuyo empleo tú bien conoces, mi buen amigo.

Interesantísimo el diario mismo.

Las apuntaciones breves, sumarias, casi gráficas, se suceden con una viveza, con una espontaneidad, con una frescura de observación que delatan desde lejos al artista. Unas cuantas líneas bastan al doctor Ried para poner en pie ante nosotros a un tipo de la época, a describirnos un paisaje, o presentarnos al vivo una escena de costumbres. Es una labor de síntesis admirable. Ni relatos minuciosos, ni disquisiciones nimias. Ambiente, caracteres, aspectos, modalidades, nos son sugeridas en unos cuantos rasgos.

El viajero de hace setenta años desciende, ya entrada la noche, la «Cuesta de la Dormida». Busca alojamiento. Se lo da el dueño de «una casa confortable». El doctor Ried anota: «El jefe de la familia era un hombre anciano, desdentado, algo extraño en sus modales.... Cuenta historias fantásticas de hechos de sangre que tuvieron por teatro la Cuesta y no cesa de admirar miento de mis armas de fuego ...» (Pág. 16 del Diario). No sé que se pueda realizar una evocación más viva de una época, de una región, de una escena, de un momento, con menos palabras.

Es la ventaja que lleva Ried a Vancouver y a María Graham. Es un poeta, un artista que selecciona los detalles característicos y simplifica las anotaciones.

Cuánta gracia y verdad tienen, por otra parte, los numerosos croquis hechos de mano del explorador artista, a veces con un simple rasgo de pluma!

Lástima grande que el diario quede trunco, quizás si en su parte culminante, por haberse extraviado los originales que lo continuaban. Es de desear que aparezcan algún día.

Cordialmente tu amigo y compañero.

M. MAGALLANES MOURE.

San Bernardo, 10 de Diciembre de 1920.



Breve biografía del doctor Aquinas Ried

Don Aquinas Ried nació en el castillo de Strahlfels, situado en las cercanías de la ciudad de Regensburg o Ratisbona, en el antiguo Reino de Baviera, el año 1810. Hizo sus primeros estudios y terminó sus humanidades en el Seminario Escocés de la antedicha ciudad, quedando muy joven aun huérfano de padre y madre. Posteriormente se graduó de doctor en filosofía en la Real Universidad Ludovica Maximiliana de Munich en Agosto de 1830.

De carácter impetuoso, tuvo en aquel entonces, como estudiante, participación directa en las turbulencias políticas de la época, y esto contrasta, si pensamos que el joven Ried descendía de una familia antigua conservadora, católica, de rancios abolengos, cuyo vástago rebelde iniciábase desde temprana edad en los partidos liberales y republicanos. Inmiscuído en las luchas políticas, cúpole una acción de inteligente propaganda, y el mejor ejemplo de esto son los escritos que de aquella época nos quedan y que revelan los sentimientos de un espíritu francamente liberal y antimonárquico.

Analizando desde luego su correspondencia privada, sus composiciones poéticas y sus obras dramáticas, que poseemos en manuscritos y aun ilustradas por su autor mismo, podemos ver en todo momento un afán insaciable de lucha contra los regímenes establecidos y aun contra el poder de las castas religiosas.

La videncia de este hombre extraordinario en materias de orden político, queda por completo esclarecida con la sola lectura de un poema que Ried publicó anónimo en 1850 y que se denomina Das Gewitter (La Tempestad). En esta hermosísima composición, en que el lirismo campea a parejas con la exaltación del político y del luchador, Ried de-

dica su visión «A los Germanos de 1950» quienes, según el poeta, serían los destinados a presenciar la aurora del advenimiento republicano y de la unidad en la vieja patria alemana.

Transcurridos 70 años, ¿quién había de pensar que los acontecimientos iban a precipitarse y que la sagaz imaginación del escritor iba a ser una verdadera profecía? Hace poco tiempo, sus compatriotas residentes en Chile, terminada la guerra mundial, han dado a la publicidad esta poesía, no sin doblegarse ante la realización de una cosa fatal, que un hombre clarividente vislumbrara setenta años antes y cuando la República se hundía al parecer para siempre en la Baviera desventurada (1).

Las dificultades políticas, como veníamos diciendo, hicieron emigrar a Aquinas Ried a Inglaterra, en donde se hizo cargo de su educación universitaria un tío suyo, hermano de padre, quien había hecho las campañas napoleónicas al servicio del Duque de Wellington, al cual el joven Ried fué presentado. A instancias de este último, Ried ingresó al Royal College of Surgeons de Londres, en donde, tras de lucidos estudios, obtuvo con brillo el título de médico cirujano en 1832. Su larga estancia en Inglaterra lo hizo llegar a poseer el idioma inglés a la perfección, con lo cual su tío y apoderado, con la ayuda de Wellington, pudo hacerlo designar fácilmente médico militar británico. En tal carácter, el recién graduado doctor Ried aceptó un contrato con el Gobierno Inglés y se trasladó a cargo de un destacamento sanitario (96 Regiment) a la Isla de Norfolk en Australia, en donde a la sazón existía una colonia penal que recogía la hez de los criminales ingleses. A pesar de esta circunstancia y del enorme aislamiento en que Ried vivió durante siete años, en medio de criminales de la peor especie, la exaltación artística renace y pronto vemos que el poeta bávaro vibra y escribe en inglés composiciones de diverso carácter en que siéntense germinar y fructificar el alma del artista y el espíritu selecto de un hombre múltiple y esencialmente científico. Publica un libro en que se resumen sus observaciones médicas; inicia algunas obras dramáticas que quedaron en su mayoría inconclusas, y condolido de la situación de aquellos penados infelices, más de una vez lo vemos dar certificados de mala salud, que fueron la única defensa de aquellos reos a perpetuidad en contra del trato brutal de sus amos militares. A pesar de las zozobras perpetuas de esta vida de destierro, Ried tiene voces de ponderación hacia la natu-

⁽¹⁾ La aludida composición fué publicada y comentada por la Deutsche Zeitung für Chile el 9 de Julio de 1918.

raleza de aquellos parajes, que más de una vez denomina el Edén del Mundo.

La inmensidad de aquel alejamiento y los encantos de la tierra virgen le inspiraron sus primeras composiciones musicales, que asociaba, en virtud de una rara comprensión de los medios de expresión, con sus estudios médico-legales y fué así cómo escribió un estudio científico e inédito que se llama «Sobre los criminales».

No sabemos qué circunstancias lo obligaron a dejar aquella isla para volverse a Europa. Una versión no confirmada lo hace primero trasladar-se a la ciudad de Sidney para tomar parte en una expedición dirigida a las regiones antárticas, pero es el hecho de que algún tiempo después lo vemos arribar, en viaje a Europa, al puerto de Valparaíso, en el año 1844.

Las insinuaciones de algunos compatriotas prominentes que residían en aquel puerto, y que celebraban la oportunidad de poderse conquistar un médico concienzudo a la vez que a un músico eminente y a un hombre de sociabilidad, junto con la admiración por las bellezas del país, parecen haber sido la causa determinante que influyó para que el doctor Ried se radicara en Valparaíso. No obstante las lisonjeras expectativas, no encontró en Valparaíso un campo de acción que satisficiera sus am biciones. Su vocación e inusitado entusiasmo por la música, a cuyo estudio no iba a poderse dedicar por entero, lo hicieron muy pronto abandonar el puerto para aceptar el puesto de médico en la hacienda de don José Waddington, San Isidro, en las cercanías de Quillota. Tuvo aquí una posición holgada, que le permitió dedicarse con todo desahogo a la música, iniciando seriamente su vastísima labor, cuyos originales, en su mayoría manuscritos, han quedado en poder de sus descendientes chilenos. Porque el doctor Ried se casó bien pronto con una joven dama italiana, la señora Catalina Canciani, hija de un reputado comerciante mayorista llamado Autonio Canciani, cuya familia reside aún en Venecia.

Ried conoció a su consorte en una visita profesional llevada a cabo en casa del cónsul del reino de Prusia en Valparaíso, el señor Fernando Flindt, quien tenía por esposa a otra hija de Canciani (1).

Establecido en Chile, su inquietud de avezado explorador y su insaciable ansia de estudios y de emociones lo llevaron a realizar la audaz expedición desde Valparaíso hasta el Lago Llanquihue.

Vuelto de esta larga gira, aceptó en Diciembre de 1847 una nueva oferta, siendo designado por el Presidente Ballivián, profesor de química, pato-

⁽¹⁾ Los dos primeros buques que trajeron a Chile colonos alemanes se llamaron Maria Teresa y Catalina, en homenaje a las hermanas Canciani.

logía y obstetricia en la Universidad de Sucre, la entonces capital de Bolivia.

Con su joven esposa emigró nuevamente de Chile para hacer un viaje estupendo, que, iniciado en Valparaíso por mar y continuado desde Cobija por tierra y a lomo de mula, puso a los esposos Ried, en 18 días de viaje terrestre, en la capital del país vecino. Las peripecias de esta nueva gira son inenarrables. Llegado Ried a un país primitivo y semicivilizado, donde los trastornos políticos se sucedían, su permanencia allí no pudo ser duradera. Asume de improviso el poder supremo el General Belzú, y Ried tiene que abandonar Bolivia, temeroso de ser perseguido por sus ideas independientes y abiertamente liberales, y volver a Chile. Designado médico de ciudad, radicóse definitivamente en Valparaíso, donde ejerció durante mucho tiempo su profesión de médico (1), pero dado su espíritu filantrópico, jamás pudo labrarse una posición económica holgada. Esta circunstancia lo obligó a establecer un laboratorio y negocio de drogas contiguo a su consultorio de médico. Dadas las relaciones sociales de su dueño, dado el conocimiento perfecto de varios idiomas y su cultura y amabilidad, bien pronto el negocio prosperó y Ried pudo llevar durante algunos años una vida tranquila.

En 1850 el doctor Ried trabó conocimiento con el doctor don Francisco Fonck, nombrado por el Gobierno de Chile médico de la Colonia Alemana del Lago Llanquihue y de las inmediaciones de Puerto Montt, y el doctor Ried comenzó a interesarse vivamente por la suerte de sus compatriotas, radicados en aquellas remotas comarcas. Con este motivo, escribió un estudio en que hace la propaganda para que emigren a Chile los descontentos de Alemania. Pero su labor no sólo se concretó a la propaganda en favor de la emigración a Chile de los compatriotas. Por todos los medios posibles trató de aliviar la situación de los colonos y de mejorar a la vez sus condiciones económicas. Enviábales semillas de plantas medicinales, de lino, y de cuanto elemento útil pudiera, a fin de cooperar a la labor de civilización en que aquellos pioneers estaban empeñados.

El bombardeo de Valparaíso, ocurrido el 31 de Marzo de 1866, fué la ruina económica del doctor Ried. Los proyectiles españoles caídos sobre su laboratorio lo incendiaron y su fortuna se desvaneció casi totalmente. Este revés, que lo privaba de los beneficios obtenidos tras de largos años de incesante trabajo, fué un golpe de muerte para este hombre superior.

⁽¹⁾ En Marzo de 1849 obtuvo de la Facultad de Medicina de Santiago, el título de médico cirujano, previa presentación de una memoria sobre la Alimentación y la dieta. (Anales de la Universidad, año 1849, pág. 225).

Su existencia volvióse amarga y desesperada y la muerte lo sorprendió el 17 de mayo de 1869. Al bajar a la tumba todo el pueblo de Valparaiso concurrió para rendirle homenaje a su benefactor. Fundador del Cuerpo de Bomberos de esa ciudad, murió siendo uno de sus más altos jefes y la prensa de aquella época no escatimó elogios para este filántropo cuya obra ha perdurado.

Refiriéndonos ahora a su labor literaria y musical, podemos decir que Ried escribio las siguientes óperas, cuyos libretos también son obra de él: «Telésfora» (2) (ópera patriótica en tres actos, escrita en español y dedicada a la nación chilena). «Teutonia», «Ismenilda», en alemán; «Granatieri», en italiano; «Walhaide», «Ondega», en alemán, y algunas otras que han quedado truncadas, tales como Idoona, Atacama y Diana (1868) (3).

De gran interés para los estudiosos en cuestiones musicales son sus «Germanische Wanderlieder», Canciones Germánicas de los Emigrados, cuyos originales inéditos están en poder de la familia del compositor. Multitud de trozos destinados a la orquesta, trozos para conciertos vocales e instrumentales, etc., etc.

Cultivó con éxito el género dramático y entre sus obras puede citarse «The Demon of the Deep» cuyo asunto, escrito en inglés, tomado de la vida pesarosa que llevan los marineros a bordo de los buques de guerra, le habría costado al autor quien sabe qué castigos, caso de haber sido representada. Citaremos, además, «Desiertos y Oasis», escrito en alemán. Don Francisco Fonck, en un libro que se llama Dr. Aquinas Ried, publicado en Dessau, Alemania, en 1894-5, hace un estudio bastante completo de la compleja personalidad de Ried, pero, como hemos dicho, estas líneas son solamente una breve presentación del ilustre sabio y poeta.

ALBERTO RIED.

⁽²⁾ Es la primera ópera considerada obra nacional chilena. En el libreto Ríed puso la siguiente dedicatoria: «A la Nación Chilena».

El deseo de coumemorar las hazañas de sus antepasados, es innato al hombre. El autócrata, pródigo y poderoso, disipa el suco vital de una nación entera en una piramide arrogante; el pobre peregrino, en el túmulo de su héroe planta una humilde cruz. La ofrenda, sea mármol, sea madera, un mausoleo soberbio o una lágrima simpática, no se estima por su valor intrinseco, sino por la intención del dador.

En tal espíritu he osado juntar mi bisoña voz al coro nacional, en alabanza de los héroes vivos como muertos, a cuyos connatos este pais favorecido, debe aquel tesoro sin igual: La Libertad.»

⁽³⁾ En el Certamen Internacional de Música verificado en el Teatro Municipal de Santiago en 1894, la obertura de Diana obtuvo la más alta recompensa, o sea el Premio de Honor.



Diario del viaje efectuado por el doctor Aquinas Ried desde Valparaíso hasta el Lago Llanquihue, y de regreso.

(7 de Febrero de 1847 al 30 de Junio del mismo año)

(Traducido del inglés)

A las 10 de la mañana del día 7 de Febrero de 1847 abandoné a caballo el pueblo de Limache, acompañado de mi mozo Antonio. Por enfermedad, mi otro mozo, José, tuvo que quedarse, prometiéndome ir tras de nosotros, tan pronto estuviera restablecido. Muy luego, al pie de la «Cuesta de la Dormida», también Antonio se separó de mí y quedé solo. A poco andar encontré a un hombre que cabalgaba sin chaqueta por las inmediaciones de un villorrio y a quien le pregunté por el camino, o por un buen baqueano. No sin sorpresa, me dí cuenta de que este mismo sujeto se ofrecía para seguir conmigo. Ante mi aceptación, fué a su casa, que estaba allí cerca, se puso la chaqueta y echándose al hombro un poncho, partió conmigo para Santiago.

La cuesta de mi referencia es muy larga y escarpada,

famosa por los frecuentes asaltos, y un tanto receloso de lo que había oído hablar, no conociendo además a mi acompañante, resolví, como prudente medida de seguridad v de estrategia personal, dejarle al desconocido la delantera, para el caso de que pudiéramos ser sorprendidos por salteadores. A los dos tercios de la escarpada subida, hay un paso muy estrecho y brusco, que los comarcanos denominan el «Paso de las Animas». En este mismo sitio, poco tiempo ha, un arriero de mulas iba con dos de ellas hacia su casa, llevando delante de sí un odre lleno de aguardiente. Medio dormido arribó a este sitio; estaba oscureciendo. De improviso, un golpe dirigido desde lo alto, no dió en la cabeza del incauto jinete, quien cabeceaba, y sí dió medio a medio del odre. Volviendo en sí, el campesino tuvo la feliz ocurrencia de dejarse caer de su jumento y botarse al suelo haciéndose el muerto. Dos individuos sé arrojaron acto continuo sobre él; le quitaron la chaqueta, pero entonces, aprovechando un instante de vacilación de parte de los asaltantes, nuestro hombre fué deslizándose por debajo de su cabalgadura cuesta abajo, hasta ir a dar rodando al medio de unos espesos matorrales. Este pequeno episodio no me inquietó. Seguimos subiendo; al llegar a la cima de la cuesta, la temperatura había cambiado, sintiéndose frío, humedad y los vapores de la neblina que nos envolvía. La bajada es peor aún que la subida. He tenido que desensillar mi caballo para colocar una cincha más hacia atrás y prevenir de este modo que la montura saliese por la cabeza de mi rocinante.

Al otro lado de esta montaña, los valles muy quebrados van formando terrenos con gran declive. Rompióse por un instante la densa neblina y pudimos ver la cumbre de una colina sembrada de antiguas minas, que se llaman «El Asiento Viejo». El panorama es hermosísimo.

A la puesta de sol, encontramos algunas chozas muy primitivas y, ya entrada la noche, llegamos a una casa confortable, donde pedimos alojamiento. Después de vencer no pocas dificultades, nos fué concedido.

El jefe de la familia era un hombre anciano, edentado, algo extraño en sus modales. Orgulloso de los bienes de fortuna adquiridos por su hijo mayor, tiene además ocho hijos varones, parece en realidad que se encuentra en situación holgada. Cuenta historias fantásticas de hechos de sangre que tuvieron por teatro la Cuesta, y no cesa de admirar mi cinturón de viaje.

En un momento en que estuve solo, me cercioro del buen funcionamiento de mis armas de fuego. Cenamos bien, y después, albergado por el viejo, dormí lo mismo, no sin ser atacado y martirizado por las pulgas.

Muy de madrugada continuamos nuestro viaje. Habíamos dejado atrás nuestra primera posada que se llama Capilla de las Animas y que dista unas dos leguas del pueblo de Tiltil, situado en un pequeño valle, verde y agradable, en medio de montañas. Ya a las ocho de aquella mañana hemos pasado por la hacienda de Polpaico. Es un extenso jardín y el camino está flanqueado de álamos y de sauces llorones. Las casas, rodeadas de vegetación, dan una sensación de mansedumbre; frente a ellas hay un cercado hecho de ladrillos y de buen aspecto. Pertenece este fundo a una señora, viuda según se dice, y cuyo esposo, un inglés, la ha abandonado...

Después de atravesar un llano muy estéril y polvoriento, llegamos a una tierra agrietada de arcilla roja con fragmentos de Grünstein (piedra verde), y muchos bosquecillos de matorrales y espinos. Descendemos por la barranca de un cerro desde donde diviso por primera vez los llanos de Maipú, los más valiosos de esta parte de Chile.

Son las nueve de la noche; cansados y hambrientos, yo y mi mozo, nos hemos empeñado inútilmente en conseguir algo que comer. Ni agua se puede obtener en este desamparo, a excepción de un agua de acequia inmunda y del peor aspecto. En un pobre rancho se nos ha dado algún maíz para nuestras cabalgaduras, huevos fritos y pan para mí v mi acompañante, todo esto por un real. Proseguido nuestro camino, de mañana, hemos estado a la vista de Santiago hacia el mediodía, después de haber atravesado interminables callejones polvorientos y calurosos. A nuestra llegada hemos encontrado gran número de carretas que vuelven del mercado a donde han llevado melones, la principal fruta de esta época. Las inmediaciones y la misma entrada a la capital de Chile, recuerdan la de Quillota. Un puente vetusto de ladrillos y piedras, con garitas para la defensa y que ahora se emplean como tiendas, facilita la pasada del Mapocho. Cerca del término de este puente hay guardias, soldados desaseados; luego desembocamos en una calle enormemente sucia. En las inmediaciones de este puente hay bastante movimiento.

He logrado llegar a la casa de mi amigo Francisco Arriagada, sin tener la suerte de encontrarlo; sin embargo, después de un rato de espera, he sido recibido y alojado. La construcción que me alberga es espaciosa, con largas corridas de aposentos provistos de valioso mueblaje; hay dos pianos valiosísimos; un gran patio con flores y arbustos de escogidos ejemplares y cuatro estatuas.

Hay dispendio en todas las piezas, sin existir un estilo determinado.

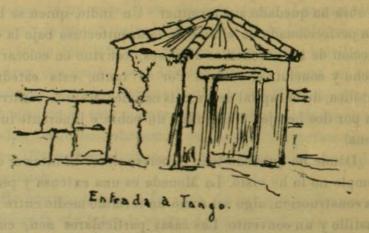
Salgo a la calle y pronto encuentro a don César Maas en la «Fonda Inglesa», donde almorzamos juntos. Es esto que llaman hotel, un pobre establecimiento, pésimamente administrado, a pesar de ser el mejor de la ciudad. El palacio de la Moneda es un conjunto extenso de muros de ladrillos muy poco característico. Falto de estilo determinado, falto de comodidades, falto de elegancia. Unos cuantos húsares montan guardia, son una pobre imitación de un pobre original, el húsar francés. La Catedral, tan ponderada, es un edificio inconcluso. Bosquejada y construída por dos ingleses, estando por iniciarse la construcción de las torres, los referidos contratistas pidieron más dinero; el pueblo no pudo desembolsarlo y la obra ha quedado sin terminar. Un indio, quien se había perfeccionado en el arte de la arquitectura bajo la dirección de los antedichos ingleses, convino en colocar el techo y concluir el edificio. Por lo tanto, esta catedral católica, de la capital de un país católico, ha sido construída por dos herejes y un infiel, un pobre e ignorante indígena!

¿Dónde ha quedado todo el ocicso clero? El interior del templo no lo he visto. La Moneda es una extensa y pesada construcción, algo así como un término medio entre un castillo y un convento. Las casas particulares son, cualquiera que sea su confort interior, todas por fuera sencillas: un alto portón de entrada, pocas ventanas distribuídas irregularmente, un patio pavimentado con pequeñas piedras, he aquí los rasgos característicos que pueden observarse en todas partes.

El ocio, la indolencia, las intrigas, el vicio de fumar, el

del juego y otros menos finos, dan una idea de los habitantes de Santiago. Faltan las industrias. El tráfico escasea. El mate, la toilette, la misa y las aventuras amorosas ocupan a estas mujeres: porque los hombres parece que aun tienen menos quehaceres. Abundan los franceses y las maneras y las ideas de toda esta gente son afrancesadas, lo que no constituye una ventaja para ella!

Al día siguiente voy a Tango, donde se encuentra el fundo de don Francisco Arriagada. Para llegar hasta este punto, precisa pasar por el pueblo de San Bernardo que es un caserío sin importancia y semejante a todo lo que he visto hasta aquí. Desde Santiago hasta Tango, hay



unas siete leguas, que he tenido que recorrer en un día bochornoso, y grandemente molestado por el polvo. Los terrenos son perfectamente planos.

Llegado a la casa de mi amigo, me recibe con su acostumbrada sencillez. La casa es por demás modesta y no ofrece comodidad alguna. La hacienda abarca unas dos mil cuadras de tierra para trigos y produce anualmente, según él dice, 10,000 fanegas (?). Arrienda el señor Arriagada los terrenos por chacras y con esto se economiza los abonos y la labranza, rindiéndole cada cuadra \$ 20 al año. Las siembras y las trillas se hacen por los sistemas más primitivos, usando para estas últimas faenas las yeguas. En general, todos los métodos agrícolas son antiguos y rudimentarios, notándose un enorme derroche de trabajo.

Detrás de la casa de Arriagada hay una colina con dos cumbres que parecen dos cabezas; un hilo de agua corre en derredor. Estos cerritos los llaman Charamávida. Le he propuesto que aproveche lo pintoresco y fértil de estas colinas y plante en cada una un viñedo y que se suministre agua por medio de una bomba de presión; asimismo le he hablado de construir un molino entre los dos picos. Mi proposición ha agradado al agricultor, pero probablemente nunca la llevará a la práctica (!). Es un hombre que vive en forma bastante curiosa y que yo considero un tanto puerca. Es casado y no casado. Frente a su propia casa hay otra tan primitiva como la suya, y en donde habita su dueña, que es al mismo tiempo la dueña de Tango, acompañada de su hija. Esta última pasa por esposa de Arriagada, y él, cosa extraña, no permite que jamás nadie vea a la joven... El hombre me hace diferentes insinuaciones industriales. Primero me habla de instalar una fábrica de ladrillos. Después de establecer una mantequillería y quesería, más tarde de montar un molino y una cervecería etc. Todo esto, de un modo tan vago e incomprensivo, que se ve a todas luces que él mismo no sabe lo que quiere y que jamás podrá llevar a cabo tanto provecto.

La hacienda llega hasta el puente Maipu, en donde Arriagada ha construído una posada muy grande, lo que a mis ojos aparece como la más curiosa especulación.

Este puente, de materiales toscos, no deja de ser ingenioso. Cuero sin curtir, cortado en tiras y enroscado en ramas delgadas y horizontalmente colocadas, constituye lo que llamaríamos la calzada; el conjunto parece una pura invención indígena. El año último, este mismo viaducto se tumbó; los cables matrices eran de cáñamo en bruto y así había prestado servicios durante mucho tiempo. Trece hombres fueron encargados de componerlo; mientras estaban en esta faena, el pobre puente cedió y se ahogaron once. En la actualidad tiene mucho tránsito y debe aportar buena utilidad, ya que cada mula cargada paga un medio. Las mulas descargadas y los caballos ensillados no pagan, siendo esta una disposición bien extraña, que hace recaer todo el peso de la tasa sobre la gente pobre:

He vuelto a Santiago con Arriagada y hemos encontrado a Kindermann y a Mister Grühn, un antiguo marinero de la Catalina (el barco que trajo a Valdivia en 1846 los primeros colonos alemanes). El primero de estos dos hombres será uno de mis compañeros de viaje. He tenido una conferencia con don Camilo Vial, primer Ministro de Chile. Sólo le he pedido una recomendación para el gobernador de Concepción; sin embargo, he sido citado para el día siguiente....

Inolvidables recuerdos me dejará mi visita a la señora Huneeus. Es una mujer excepcionalmente pequeña de estatura y en extremo aficionada a la música; de buen gusto artístico, tiene, además, una ejecución excelente. Me ha atendido de un modo exquisito. He pasado con ella

casi la mitad de una noche tocándole diferentes trozos de óperas ajenas y mías en el piano. Mi manera de interpretarlas parece agradarle. Prometo mandarle Telésfora para que pueda estudiar algunas partes y saberlas tocar en sus círculos sociales santiaguinos con perfección. Escribo a mi mujer para que se las mande. Vuelvo a Tango, adonde llego a uña de caballo.

Hermoso estreno, Grühn que se resuelve a acompañarme pierde su silla, a causa de habérsele cortado la cincha; pierde sus pistolas y hasta su caballo en la obscuridad! Anduvo con suerte, pues afortunadamente encontró su cabalgadura y parte de su silla. He comprado una mula alazana, de montura, y otra para la carga, y he pagado \$ 25 por cada una; he adquirido, además, dos caballos para mí. Se llaman Elefante y Miope. A Regalado lo dejo aquí.

Después de dos días de esperar en vano la carta que el Ministro Vial me había ofrecido para el Gobernador de Concepción, la que no llegó por haber salido Su Excelencia al campo, partimos el día 18 de Febrero de 1847 a media tarde con rumbo al Sur. El día está muy bochornoso y polvoriento y los caballos desde luego me están pareciendo demasiado escasos. Componemos la cabalgata los siguientes individuos: Kindermann, Maas, Grühn y yo, seguidos de seis caballos, de una mula cargada y de tres sirvientes, Francisco que es el de Kindermann, Justo que es el de Maas, y José.

Con el objeto de comprar caballos, nos hemos alejado un poco del camino principal y hemos llegado a la chacra de Rafael Martínez, pero desgraciadamente no hemos encontrado lo que buscamos. A las cuatro de la tarde atravesamos el río Maipu. Es este un correntoso río de aguas turbias, que se precipita por un cauce profundo lleno de

piedras. Al lado meridional, la campiña verdeguea más y los campos son mejores. Pronto otro estero nos interrumpe el paso y sus aguas contrastan con las del Maipu, pues son cristalinas v muy frías.



Al anochecer arribamos a la hacienda de Lo Aguila, que pertenece a don Domingo Toro. En el camino hemos encontrado partidas de señoritas que viajan en coches. Hay en la hacienda una gran reunión. Fuera de la familia del dueño de casa, hay otra bastante numerosa, que es la de Condarco. El hijo mayor de este último habla el inglés como un británico legítimo y apenas parlotea el español. Tiene dos hermanas, una de ellas casada con el pintor Rugendas. Don Domingo es un hombre pequeño, alegre, de muy buenos modales y buena educación; domina bien el francés, el inglés y un poco el alemán, y sobre todo es en extremo amable conmigo. Encuentro en el parque un hermoso ejemplar de la palma chilena, que debe tener siglos de vida. Hay en las inmediaciones una buena viña que posee la mejor prensa que dicen existe en el país. Se me aparece un argentino que se llama Don Félix Frías, a quien ya había conocido en casa de Arriagada.

Con las primeras luces del día 19 de Febrero, hemos partido otra vez hacia el Sur. Los campos siguen ofreciendo interés; son fértiles, las montañas se acercan y van estrechando poco a poco el valle, hasta reducirlo a un estrecho paso en cuyo fondo serpentea un arroyo muy pintoresco, que llaman de la Angostura. Hay muchas viñas y al lado Este del camino una hermosa casa que pertenece a un señor Luco.

Multitud de peones trabajan en el camino, bajo la inmediata dirección del señor Condarco. Parte del antiguo
derrotero se ha obstruído y debemos hacer un rodeo para
seguir adelante, vadeando repetidas veces el pequeño río.
Al entrar en él, encuentro a una chiquilla robusta y simpática que se lava los pies a la orilla del agua. De propia
iniciativa nos indica sonriente el camino que debemos
seguir. ¿No es esta la verdadera cortesía? ¡Y cuán poco
de tal política espontánea suele encontrarse!

Buen rato nos entretenemos en hacer algunos ejercicios de equitación o maniobras de caballería. Me convenzo que mis compañeros pertenecen a la retaguardia...

Mucho antes de llegar a Rancagua, durante largo espacio de tiempo, una colina, o mejor dicho, un cerro, de los que con frecuencia existen aislados en este país, cautiva mi atención. Es el Pan de Azúcar. La distancia que nos separa de él es engañosa, ya que por espacio de tres o cuatro horas el cerro parece quedar siempre en el mismo sitio.

Pasamos por la hacienda de la Compañía. Es una de las propiedades agrícolas más extensas de este país. Pertenece a la familia Correa, y, en tiempos antiguos, a la congregación de los Jesuítas. Tiene muchas leguas de ancho y se extiende desde el mar hasta los Andes! Produce más de 30,000 fanegas de trigo anualmente y podría

con un trabajo más eficiente, con el tiempo, rendir diez veces más.

La llanura sigue llena de encantos para mí; todo se halla verde y las alamedas y los boscajes por todas partes forman masas llenas de vida y de belleza. Al mediodía arribamos a Rancagua, ciudad o pueblo que dista 25 leguas de la capital. Es casi una aldea, muy parecida también a Quillota. Entramos a ella cruzando un paseo público bastante hermoso.

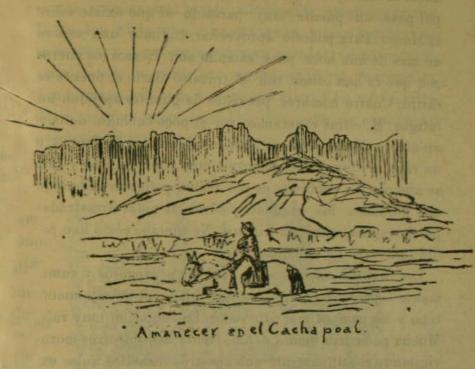
Otra vez el alojamiento... Elegimos, por fin, la «Posada del Recreo», ubicada a mano izquierda de la Alameda Real. Léense así nombres altisonantes, que siempre contrastan con lo que encierran.

Nuestro posadero es un hombre de campo, hasta cierto punto atento.

Su mujer se encuentra trastornada, y, según dicen, poseída del «demonio chacharrero». Da vueltas en derredor de la casa durante todo el día, hablando continuamente. La hospedería está repleta. Mientras contemplo lo abigarrado de la concurrencia, llegan dos birlochos, de los cuales desciende una señora muy anciana, acompañada de su servidumbre. Todos la miran. El patio contiene cerca de treinta caballos, y mayor número de hombres, mujeres y niños, perros y gatos en buena cantidad, y piojos, Dios sabe cuántos!

El conjunto de trajes estrafalarios, el contraste de los distintos tipos humanos me interesan altamente. Todo esto me recuerda una descripción que hace Sir Walter Scott de una antigua posada inglesa.

Por fin, en medio de este revoltijo babilónico, leo Enrique VI de Shakespeare. Duermo bien. Me levanto aún de noche, y al pagar la cuenta del hospedaje me asombro de lo barata que cuesta la alfalfa.



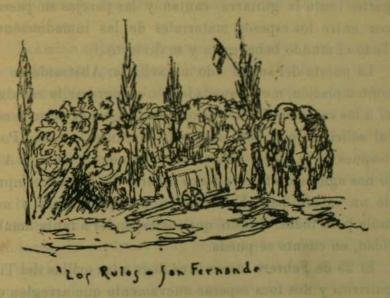
Al abandonar la heroica villa, todavía en semioscuridad, bajamos al lecho del Cachapoal, cuyos brazos todos juntos abarcan unas dos leguas. El álveo del río lo constituyen grandes guijarros redondeados por la acción del agua y de los siglos. El agua es turbia y, como la de todos los ríos chilenos, muy helada. Los Andes, a la distancia vistos, desde el lecho del río, presentan un aspecto grotesco. Tras de la cordillera, sin embargo, con los primeros rayos del sol, un hermoso juego de colores vuelve a cautivarme.

Pasamos por cuatro brazos del río, uno de los cuales es muy profundo y correntoso. Para los que no están acostumbrados a tales maniobras, el espectáculo produce vértigo. Por esta razón, Maas atraviesa con la nariz dirigida hacia el cielo y con los ojos cerrados. Por el brazo principal pasa un puente muy parecido al que existe sobre el Maipu. Para poderlo aprovechar, tuvimos una espera de más de una hora, pues, estando aún frescos los cueros con que lo han cosido, con el tránsito diario el puente se estira. Cuatro hombres provistos de guantes aprietan los látigos. Mientras esperamos, por el poco cuidado del sirviente de Maas, el río se lleva a mi caballo Elefante y a un caballo viejo perteneciente a don Juan Renous y casi se ahogan. La corriente es por demás peligrosa. El ruido que producen las grandes piedras al rodar arrastradas por las aguas, semeja a truenos. No concibo cómo han podido salvarse los caballos.

Los caminos comienzan a hacerse pedregosos y sumamente ásperos. La tierra es muy plana, el paisaje monótono y los campos mal cultivados. La población muy rala. Mucha paciencia hemos debido tener con nuestros mozos vigilando continuamente que nuestros caballos no se extravíen. A los sirvientes parece importarles bien poco. El camino se nos hace eterno. No hay sombra en parte alguna, y la marcha muy calmosa, a causa de lo polvoriento del terreno, nos hace sentir una verdadera pesadumbre. Si hubiera siquiera un árbol!

Con un calor insorportable, llegamos a media tarde a la hacienda de las Cañadillas, de propiedad del Obispo Elizondo de Concepción, quince leguas al sur de Rançagua. Por espacio de más o menos una legua, el camino se encuentra bordeado de frondosos peros, que deben producir una cantidad enorme de frutos. Por lo demás, el suelo es pobre y muy cenagoso. No es tierra a propósito para trigos. El administrador de este fundo es don Alejo Le-

mus, para quien traigo una carta de recomendación de Arriagada. Estando ausente, hemos sido recibidos por su esposa, que es una mujer sumamente amable y buena. Llega don Alejo, que, a su vez, no es menos amable que su esposa, y nos congregamos en agradable conversación, organizando un verdadero entretenimiento filarmónico. Kindermann está más muerto que vivo y ha sido mandado a guardar cama y tratado con gran deferencia por nuestros amigos.



Don Alejo nos lleva a la mañana siguiente a San Fernando. Llegamos en día Domingo y me produce la impresión de un gran pueblo, eso sí, semejante a todo lo que hemos visto.

De regreso a la hacienda, que por rara excepción carece de viñas, me he podido imponer del trabajo de destilación de mostos que aquí llevan a cabo. Usan para ello un alambique francés muy bueno, que no requiere agua para enfriar la vaporización. Los alrededores de este fundo, que son al mismo tiempo los afueras del pueblo de San Fernando, forman una bella planicie cubierta de álamos y de sauces. Hay también algunos terrenos llamados de rulos, o sea, tierras de secano, muy fértiles, regadas solamente por las aguas lluvias, por estar a un nivel superior a aquel que alcanzan los canales y acequias.

En la cumbre de un árbol flamea una bandera de Chile. Nótase gran concurrencia de gente del pueblo. Por todas partes tocan la guitarra, cantan y las parejas se pasean por entre los espesos matorrales de las inmediaciones. Todo el mundo bebe, grita y se divierte (!).

La puesta del sol ha sido maravillosa. Abstraído en su contemplación, me he quedado solo al regresar la cabalgata a las casas del fundo, donde don Alejo nos atiende con tal solicitud que abre champaña durante la cena. Poco después de la media noche nos levantamos y ya don Alejo nos aguarda, ofreciéndonos dinero. Le hemos comprado un caballo para Kindermann, uno para Maas y una mula para todos. Tendré que corresponder a tanta amabilidad, en cuanto se pueda.

El 23 de Febrero la comitiva llega a las orillas del Tinguiririca y nos toca esperar nuevamente que arreglen un nuevo puente colgante, que pende en mal estado. Observo que algunos de nuestros caballos comienzan a perder sus herraduras, a causa de los terrenos ásperos y pedregosos. Después de andar bastante de prisa, todo el día, nos hemos detenido en un pequeño caserío que llaman la Calle de la Obra, y en una pequeña pulpería tomamos mate. Esto se halla dentro de una hacienda que pertenece a un señor De la Fuente. No sé si el egoísmo de este hombre u otra causa cualquiera, lo han hecho cerrar el

camino, razón por la cual hemos tenido que hacer un gran rodeo. Para fortuna nuestra, este desecho nos ha permitido conocer un camino lleno de bellezas y la vista que tengo ante mí es melancólica. A mi derecha extiéndese una cadena de colinas de líneas suaves, pero de tierras rocosas, a cuyos pies serpentea el camino; la larga caravana de hombres, mulas y caballos, fatigados, sofocados por el calor, perdidos a ratos entre las nubes de polvo, siguiendo siempre el cansado camino; a nuestra izquierda un río que contornea las colinas y más allá un valle verde y exuberante.

El camino comienza de nuevo a ascender y se pone extremadamente pedregoso. Desemboca por fin en un estrecho desfiladero en todo el alto de un cerro y desciende una vez más, gradualmente ahora, a un terreno quemado, en que el calor se hace excesivo. Hay en este llano multitud de colinas de forma cónica, sobre las cuales parece que hubieran llovido trozos de piedras volcánicas. (Son los llamados Cerrillos de Teno. N. del T.).

Sobre una roca solitaria y muy negra, hay un nido de cóndores. La piedra es muy porosa y se me presenta como un centinela que contemplara desde allí los progresos y retrocesos de la obra de los hombres. Cruzamos el Teno. Sus aguas, blancas como la leche y correntosas, llenan un vasto lecho. Al otro lado llego a una aldea construída en la ribera escarpada y en donde me deleito admirando una gruta natural socavada en la tierra arcillosa y cubierta de enredaderas y de flores del país.

Sigue un llano estéril, cruzado por varios esteros secos, y después de recorrer un camino al parecer interminable, a la una de esta tarde llegamos al pueblo de Curicó, distante 18 leguas de San Fernando. Es esta una aldea pobrísima y abandonada en donde existe una posada de lo peor.

Encontré a un italiano de apellido Moriani y al hijo de un inglés de apellido Bruce. Este último vendió a Kindermann un caballo, bueno al parecer, pero que en verdad resultó no valer ni un peso. No se encontró ningún herrero y hastiados y fatigados nos recogimos en una pieza miserable. Debajo del corredor vecino, duermen, en común, una partida de 5 mujeres y de 3 hombres. Descansamos el día entero, pues hemos resuelto viajar de noche.

Hoy, 24 de Febrero, hace 17 días que venimos viajando. De acuerdo con nuestro nuevo plan, salimos a las $4\frac{1}{2}$ de la tarde y comenzamos a recorrer una comarca muy plana y monótona, en medio de una tarde maravillosa; muy luego la puesta del sol parece engrandecer la escena y yo escribo mientras cabalgamos los siguientes versos:

How sweet the dawn-how sweet the infant smile

Of the young orient sun! The blaze of moon

How glorious, when, in his manhood's pride,

Magestically across, the heaven he walks!

But, in creations life, where is the hour

Like to the one, when he stops towards the earth,

And kisses her with love 's first glowing kiss—

Till the warm blush oe 'rmantles natures cheek!

¡Oh wondrous scene! Oh scene beyond compare!

Still closer they embrace, until he sinks,

Imprinting his farewell on upon earth's quivering lip!

A weeping widow she, left all alone,

Now dons the robe of mourning and of might,

And in chill solitude his flight bewails,

All confortless, till he again returns!

No tenemos guía, y como el camino, que pasa por una pampa, se divide en muchas sendas, nos hemos visto obligados a recalar a las $9\frac{1}{2}$ de la noche en una casa solitaria,

donde hemos encontrado una familia, gozando del fresco, bajo un amplio corredor. Hay una señora de edad acompañada de siete hijas jóvenes. Nos proporcionan amablemente un niño para que vaya a indicarnos el camino, no sin habernos invitado, diciéndonos: «Desmóntense, caballeros». No nos hemos apeado, para avanzar algo más aquella misma noche. No hay ni agua ni árboles en este páramo y la luz de la luna está encantadora. A media noche todos estamos rendidos y resolvemos acostarnos en una era que encontramos junto al camino.

La próxima jornada la hemos iniciado a las cuatro de la siguiente mañana, recorriendo en el día 19 leguas. Hemos atravesado el Lircay, para llegar a Talca al anochecer. Al acercarnos a la noble villa comprobamos la existencia de terrenos pobres y áridos. La cordillera está muy distante.

Para entrar a la ciudad hay que recorrer una larga Alameda. Talca, vista desde lejos, ofrece un precioso golpe de vista. En los alrededores de esta ciudad, cuyo nombre significa trueno en el idioma del país, se libró en tiempos de la Independencia la batalla de Cancha Rayada, que comenzó en la Alameda. Los patriotas fueron perseguidos unas tres leguas hacia el río, y sufrieron un rudo golpe.

La primera calle, por el norte, es muy estrecha y sucia, mejorando un poco las más centrales. Nos alojamos en la «Fonda Italiana», conocida con el nombre más vulgar de Picantería; el dueño no es atento y me mira con una cara agriada. Después de reponernos, durmiendo varias horas, mi primera visita ha sido para el Mayor Sutike (1), un an-

⁽¹⁾ Este apellido, pronunciado a la inglesa, me hace pensar en la posibilidad de que haya dado origen a la palabra chilena siútico, cuya etimología no está bien explicada. (N. de A. R.).

tiguo soldado alemán, (an old german moustache) un viejo mostacho alemán. Héroe de las campañas de 1812, 13 y 14, después de firmada la paz tuvo un duelo y se vino a América, al servicio de Chile. Acompañó a San Martín al Perú, recibiendo un balazo en la cadera, que lo dejó cojo y con la salud un tanto quebrantada. Es un viejo y caballeroso soldado, de buen corazón, pero no un genio sobresaliente... Se alegró mucho de encontrar en mí a un soldado hermano, kriegscamarad, como le gusta decirme. Su mujer es hija del país, una chilena de las mejor educadas que he conocido. Gran admiradora y amiga personal del pintor Rugendas, posee una buena cantidad de dibujos y un álbum con numerosos trabajos originales de este artista.

El doctor Möller se encuentra con nosotros y con él hemos ido al día siguiente a visitar la hacienda de don Agustín Gana. El suelo es pobre y solo desde hace poco tiempo ha comenzado a ser cultivado. El regadío es deficiente; la tierra, por lo general, pedregosa; un valle de más adentro, verde, pero expuesto a las inundaciones del río.

El hotelero de la picantería ha tenido sus facultades mentales perturbadas y aun parece estar medio loco. Su mujer es una devota, una beata. Diviso el nuevo volcán, que parece distar unas 25 leguas; arroja grandes masas de lava y parece tener un cráter enorme. Hasta la fecha nadie se ha aventurado a acercarse. A la distancia en que me encuentro de él, no puede apreciarse lo que hay de cierto, y oigo que, a causa de las erupciones, un brazo del Maule ha quedado seco.

Hemos almorzado en casa de Sutike. Nos ofrece con toda galantería vinos de marca de la casa, una imitación de los vinos europeos; algunos de ellos son, sin duda alguna, puro veneno. La noche se ha pasado bastante entretenida, hemos cantado himnos alemanes, alegrando de esta suerte al auciano militar, que hacía mucho tiempo que no oía nada de estas cosas.

En la plaza, la banda de músicos toca bastante mal, pero no tanto como yo me lo habría imaginado. La tarea de hacerse cortar el pelo es en Talca algo increíble. Entre los diarios de la localidad se destaca El Alpha.

Esta ciudad, por su vida más o menos intensa, por su comercio, parece tener mayores expectativas de adelanto que la mayor parte de las ciudades chilenas. Tiene 20,000 habitantes. La estética no está lo suficientemente desarrollada y como una prueba de ello, copio una fuente pública.

El doctor Möller tiene arrendada en las inmediaciones de Tagua-Tagua una hacienda, pero yo me temo que no



sea capaz de administrarla. Es un hombre muy irregular en su modo de vivir y, además, muy indolente; a pesar de todo, es un buen carácter. Cerca de Talca, en las colinas que quedan a sus espaldas, otro doctor, el señor Legeth,

trabaja unas minas de oro, y otro doctor más, el señor Simmonds, es su comparte, o socio. (He aquí una firma que promete!) A las tres de la madrugada del día 27, salimos de la Fonda de Antonio Leva, que así se llama el posadero de la picantería, y después de unas cinco horas de marcha hemos llegado a Loncomilla, que es una región fértil, con casas irregularmente distribuídas y cruzada de muchos esteros. El principal edificio de la comarca es un melino, construído por su propietario, un yanqui llamado Mister Allen. Las maquinarias son excelentes, el agua para el establecimiento no deja nada que desear, pero para los fines mercantiles es la peor situación que uno pudiera imaginarse, considerando las dificultades para la exportación y lo desparramado de las viviendas. Allen es muy amable y tal vez demasiado sincero, ya que nos ha contado todos sus asuntos particulares y hasta los más intimos... Allen no se conforma con su suerte. Vaya! ¿y quién se conformará alguna vez? Duermo dos horas atormentado por un sinnúmero de pulgas, tantas, como jamás he encontrado juntas en un mismo lugar. A media tarde hemos partido con rumbo a Linares, a donde llegamos después de un viaje muy fatigoso. El Maule lo hemos cruzado en la mañana, antes de arribar a la casa de Mr. Allen. Es aquí un río estrecho, muy correntoso v desilusiona tanto más, cuanto que generalmente las gentes de por acá lo llaman enfáticamente el Támesis chileno! Hay gran demora en el balseo, por cuanto en la balsa sólo caben de 4 a 5 animales cada vez

Nada de notable ofrece el camino; llegamos al pueblo a la puesta del sol (16 leguas). Nos alojamos donde Silverio Encina, un oso viejo que gruñe entre dientes y el monstruo más intratable que hemos encontrado en todo

este largo viaje. Tuvimos que esperar la cena hasta pasadas las diez de la noche, y por añadidura el bestia nos dejó dormir fuera de la casa, tratando a nuestros pobres caballos igualmente mal. La comida fué mala e incomible. Tuve que comprarle un pellejo de cordero y una cincha para mi mula y le pagué dos pesos. Nosotros y los caballos pagamos un peso y dos reales, demasiado dinero para nada que se nos ofreció. Con alguna dificultad encontramos un baqueano para que nos condujera hasta el Perquilauquén. Salimos desganados, tanto los hombres como las otras criaturas. Pasamos varios riachuelos y algunas pampas muy monótonas.

La visión de estos mares solidificados, de tierras resecas, prodúcenme una impresión opresiva. Deben ser hermosas praderas en la primavera, pero en el verano y en el otoño, son desiertos que se convierten durante el invierno en pantanos intransitables. Llegamos a un fundo que se llama La Rinconada. Hace algunos años fué vendido en subasta pública a un señor Waddington en 23,000 pesos. Abarca 7,000 cuadras de tierras trigueras. El juez de menores anuló en seguida esta compra por lesión enorme, y el fundo volvió a ofrecerse en venta después de un largo pleito. Esta vez hubo dos interesados: el obispe Elizondo de Concepción, y el Ministro Camilo Vial. El Presidente rogó a Arriagada de no presentarse como postor, lo que éste prometió, creyendo que Bulnes tenía la intención de comprarlo para sí; pero, cuando supo que el interesado era Vial, mandó un propio a su agente en Talca, donde debía llevarse a cabo el remate, con orden de ofrecer siempre un peso más que cualquiera otro postor, cualquiera que fuese la suma. El propio, sea por haber sufrido un percance, sea por haber sido sobornado, que es otro percance, llegó tarde, un día después a su destino y Vial adquirió el fundo en la suma de \$ 48,000. Un día después de haberse tenido noticias de la venta en Santiago, fué publicado un bando, por el cual se ordenaba arreglar el camino que pasa por medio de la hacienda» y que va a Concepción. ¡Cuando uno conoce las verdaderas causales de estos actos humanos, cómo cambian ellos de aspecto»!

Hoy cruzamos tres ríos considerables: el Achibueno, el Longaví y el Perquilauquén; la población sigue rala y la comarca se presenta como una vasta llanura no interrumpida. Grandes dificultades hemos tenido para encontrar alojamiento y forraje para nuestros animales. Después de mucho rogar y de mucho buscar, fuimos admitidos por un hombre muy pobre. Comimos muy mal. Para protegernos contra el fuerte viento del sur que se ha desencadenado sobre el llano como un verdadero huracán en este mar de tierra, y por temor a las pulgas, hemos dormido en una carreta. El viento se lleva las mantas y contraigo un resfrío con fuertes dolores al estómago. La hacienda del señor Price está a 7 leguas de aquí. Con noche partimos al día siguiente, sin guía, a través de este mar muerto. Después de no pocas molestias y de soportar calores increíbles, llegamos a San Carlos, pueblo que cruzamos sin detenernos, para llegar a Chillán. He aquí una ciudad de importancia; tuvo un colegio o universidad; tuvo un obispo, etc. En 1835, el año en que Darwin vino a Chile, fué destruída por un terremoto. Los habitantes emigraron a un punto situado a dos leguas hacia el oriente y construyeron Chillán Nuevo. Hoy día, ambas poblaciones juntas tendrán unos 10,000 habitantes. Poco antes del mediodía llegamos a la ciudad y nos hemos demorado algunas horas en conseguir alojamiento en una sola casa.

Hemos encontrado gente que al vernos, nos aconseja que arrendemos una casa, otras ni contestan a nuestras preguntas. De Chillán Nuevo nos encomiendan a Chillán Viejo y viceversa. En parte alguna hay ni fondas ni restaurants. Un comerciante que no tuvo escrúpulos en engañar a Maas vendiéndole un caballo roñoso, y cuya casa habría tenido bastante capacidad para haber alojado a un escuadrón entero, nos dijo «que sentía mucho, pero que no tenía espacio para recibírnos! Quizás podrá recibirlos mi vecino...» Y así nos entretienen con palabras y promesas. Hemos estado a punto de salir inmediatamente de la ciudad para alojarnos con la naturaleza en pleno aire libre, v una anciana (honor al sexo) se nos ha presentado para invitarnos a su casa. Es doña Pastora Quejada, tiene a lo menos 80 años, y como está en vísperas de salir para su hacienda en una carreta tirada por bueves, nos cede graciosamente su casa de Chillán.

Amanezco gravemente enfermo del estómago. En la noche el caballo de Maas trizó de una patada un plato y mi amigo ha tenido que comprar otro; el quebrado valdría un real y a él le han cobrado un peso y cuatro reales. ¡He aquí un colmo de las cosas de Chillán!

A las cuatro de la mañana del día siguiente nos hemos puesto en marcha; esta vez con don Miguel Burgos, el desconocido que el día anterior nos había negado su casa.

El, su esposa, su hija, con sirvientes y mulas, van todos camino de Concepción. En vano se empeña ahora el desventurado en buscar nuestra amistad, porque el recibimiento que se le ha hecho es bastante frío. Maas, por desgracia, es el único que habla con él, siendo que fué el mismo Maas quien recibió de este badulaque una bestia que se tildaba caballo y que sólo lo era en el nombre.

Pronto las dos caravanas se han separado. El día es en extremo caluroso. Cabalgamos sobre un suelo formado por profundas capas de arena de color azulejo. La vegetación se reduce a unos pocos arbustos raquíticos y el camino es abrumador. Es la jornada más difícil y pesada que hemos hecho hasta ahora. Para colmo de desgracias, nos hemos perdido varias veces del derrotero y hemos seguido a lo largo de un río que llaman el Itata. Lo hemos vadeado en un sitio en donde se pescan muchos pejerreyes.

Mi ánimo está deprimido. Veo peligrar mi salud. Después de muchos rodeos y vueltas inútiles, llegamos al valle de Covanco. Preguntamos por alojamiento en una casa muy cómoda, v somos recibidos afablemente. Jamás he sentido tanto cansancio. Me acuesto sin ver a nadie. La heredad en que me encuentro se denomina Las Mercedes y pertenece a dos viudas entradas en años. La una es una vieja de 80 y la otra de 60. La primera, desde la edad de 14, se encuentra paralítica, v ambas tienen la intención de vender la propiedad, aun cuando declaran que la viña es muy productiva, va que les da más de mil arrobas de mosto al año v podría producir cinco veces más. Este lugar está ahora arrendado en \$ 500. Cada una de las dos mujeres tiene una o dos hijas solteras; cada una de éstas tiene dos o tres vástagos! El hijo mayor (25 años) está demente; toda la familia es tísica o escrofulosa, y vo. hasta el cansancio, he tenido que darles prescripciones médicas. Esta tierra es la más apropiada para el cultivo de la vid en todo Chile y quizás si en toda la América. El suelo es poroso y arenoso, con lluvias y aguas naturales suficientes, de modo que nunca se necesita el regadío artificial. La importancia de este distrito no es conocida

aún lo suficientemente bien. Grandes estancias podrían comprarse con muy poco dinero. La mencionada más arriba, desde luego, podría contener 200,000 cepas de vid y adquirirse por la friolera de 4,500 a 5,000 pesos, y por el estilo todas las demás. Tres o cuatro de nuestros compatriotas, establecidos aquí con una docena de familias de viñaderos, podrían hacer una buena fortuna.

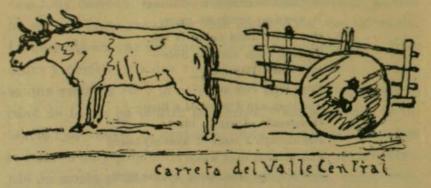
Mientras estuve en cama, he compuesto los siguientes versos:

· The Mad Reggar Girl.

Allweary from afar I come, ! The wandering beggar girl. My faithful friend, my dulciner It nows my touch no more, One only, timid chord is left, To sigh from door to door-Pity. Pity. Pity me! Pity, Pity, Pity me! Ah, long ago I plucked a flour-Heartsease of gently blue! But though I wore it near my heard Full soon it died away, and left the wandering beggar girl, to chaunt her dying lay Pity, Pity, Pity me, Pity, Pity, Pity me!

El descanso me ha repuesto y a media noche me he levantado para salir. Por mal de nuestros pecados, podemos comprobar que nuestro guía está completamente pasado de alcohol y convertido en un idiota. Con otro baqueano salimos a la una de la madrugada siguiendo por algun tiempo el curso del río, cuyas riberas emboscadas ofrecen buena cantidad de maderas para construcciones, lo mismo que matorrales de leños muy gruesos. Gran trabajo hemos tenido en la oscuridad con los animales, durmiendo, cabeceando y vigilando.

Al amanecer, la Laguna Turbia está ante nuestra vista. Es un pequeño receptáculo lacustre en una depresión rodeada de colinas. Parece ser profunda y de aguas amarillentas y barrosas, pero al sacar un poco en un vaso, compruebo que son completamente cristalinas y heladísimas. Dicen que es una laguna «sin fondo»; pero lo que hay de cierto es que, siendo el agua muy pura y transparente, deja translucir el color del fondo, que es arcilloso, amarillento, y a la vista aparece como si el agua estuviera revuelta y sucia.



La Florida es un mísero villórrio establecido sobre terreno aurífero, estéril y monótono. Desde aquí en adelante el camino se hace arriesgado para los caballos. Transmontamos la cordillera del Intermedio, que es una cadena de montañas de tierra arcillosa, deteriorada, con escarpas considerables y valles carcomidos y ensanchados por las fuertes lluvias. Algunas colinas, por la causa anterior, quedan comunicadas entre sí por angostos pasos, casi puentes artificiales de terreno áspero, tan estrechos que precisa desarmar el birlocho para pasarlos. En el fondo de estos desfiladeros divísanse campiñas, cercados, árboles, vida. Cada año el invierno continúa su obra destructora, y con el tiempo este camino se hará intransitable. En algunos lugares hay vestigios de cal. Así sigue el camino por espacio de veinte leguas.

Al medio día llegamos al llano que habíamos estado admirando desde temprano; fatigados por el polvo y la sed, encontramos una carreta cargada con uvas, y nos deleitamos no poco con tan exquisita dádiva del suelo. Queriendo obsequiar a nuestros sirvientes, les ofrecemos uvas, como asimismo al baqueano. Los pícaros soberbios no quisieron, aun cuando fueron incapaces de ir a buscarlas. Un arroyuelo que da miles de vueltas, nos obliga a vadearlo no menos de diez veces. A derecha e izquierda siguen los viñedos, en cantidades exiguas, si pensamos que todo esto podría estar cubierto de ellos.

Desde Florida hasta Concepción no se ve ninguna piedra. Después de haber atravesado una región arenosa y habiendo tragado no poca tierra, arribamos a Puchacay, en donde encuentro un molino de harina de un señor Burton.

A las 2 P. M. llegamos a Concepción. Nos bajamos en la Fonda del Comercio (soco). El hotelero se llama Bustos y nos dice que el hotel está repleto. Al día siguiente visitamos el puerto de Talcahuano, a tres leguas de distancia de la ciudad de Concepción. Hicimos aquí una visita al gobernador Rondizzoni, antiguo oficial de dragones de Napoleón y amigo de la familia Sutike. Se inició en 1808, peleando en las batallas de Eckmühl, Ratisbona, Wagram, Aspern, en Rusia, en Leipzig, y Dresden y por fin en Waterloo. Después de firmada la paz se vino a Buenos Aires, llegando a Chile con San Martín. Aquí se radicó. Es un

hombre de mundo, amable, y amigable como viejo y caballeroso soldado.

En Concepción entregó una carta al doctor Möller para don Manuel Zerrano, millonario, rudo, pero probo, de mirada perspicaz, pero serena, intrépido de temperamento; nos trata como si fuésemos hermanos de él.

Talcahuano es una pobre villa. Su comercio en vinos y harina es, sin embargo, considerable. Durante la guerra de la independencia, esta plaza fortificada fué el baluarte de los españoles. De espléndida estrategia, fué sitiada por Freire, aunque no tomada, en 1817. Los españoles dominaban de aquí el mar y habían fortificado el semicírculo de colinas que se extiende entre la bahía y el río con 113 cañones de 24 libras. Freire mandó al ataque a dos partidas (N.º 1 y 2) contra todo el centro de las líneas enemigas y donde más nutrido era el fuego. Todos cayeron; Bulnes, teniente entonces, al oir zumbar las balas que pasaban sobre él, se agachó. Freire le dijo: «Oiga amigo, estas papas queman!» (Estas palabras están anotadas en español en el original).

Volví a Concepción, porque la bermana de don Manuel se encontraba gravemente enferma. No se han omitido sacrificios pecuniarios en consultar médicos. Los Doctores! Los doctores Goldbeck, Lacour, (belga) Ferrier, (francés), su yerno, y un flacuchón, doctor Francisco Vermeuil. Yo, en lugar de todos éstos, la sané. (Más tarde dejó de existir a consecuencia de una fiebre). El último de los nombrados, es decir Vermeuil, es un hombre extravagante, que vive aquí desde el terremoto. Conoció a Pöppig; ascendió también el Antuco. Parece bueno, a pesar de todo. La señora Zerrano es una mujer encantadora. Lee

francés, los escritores modernos y es, además, muy entendida en negocios, y de imaginación amplia y fuerte.

Vi el batallón de los «Invencibles de Carampangue». |Había que verlos!

Subí con Zerrano unas colinas que hay a espaldas de Concepción y encontramos en uno de los montes un fuerte español ubicado en un sitio desde el que, seguramente, no pudo hacer nunca mal a nadie...

Escombros cubren una gran parte de las calles de Concepción. Dicen que los movimientos de la tierra fueron como las olas del océano, que era imposible mantenerse de pie... o de quedarse sentado... El primer día hubo 82 sacudimientos y alguien que los contara, y durante un año se repitieron día a día.

Fuí a bordo de un ballenero de Hamburgo. El capitán es un bruto. Habla: un cuarto de alemán, un cuarto de inglés, dos cuartos tomados de cinco idiomas que me son desconocidos; menea continuamente su cuerpo, como si estuviera acechando una ballena. Con buen vino y buena comida, quedamos, a pesar de todo, satisfechos. Nos sirvió vinos del valle de Coyanco, de 18 años de edad y muy semejantes a los vinos de Málaga.

El Bíobio es un rio caudaloso, ancho, pero poco profundo. Gran número de barcas y de balsas traen por aquí los productos del interior.

Visitamos al anciano Obispo; es un hombre muy amable. Me regaló un caballo. La catedral es una inmensa ruina. Se estaba reconstruyendo con un presupuesto de 140 mil pesos cuando vino la catástrofe. El Obispo me pregunta por María Teresa, (cuñada de Ried) y por don Fernando (concuñado de Ried), lo mismo que por Catalina (esposa

de Ried). Le conté todo y el anciano alegróse al saber de ellos.

Un lunes partimos de nuevo, repuestos y bien provistos, llevando además una carta del Intendente don Guillermo Cruz, un caballero muy político y bastante laborioso, quien nos mostró un manuscrito referente a un viaje efectuado por su padre, atravesando la cordillera austral y siguiendo hasta Buenos Aires.

Los bordes del Bíobío por el lado Sur, son bien distintos de lo que habíamos visto hasta ahora. Grandes árboles indígenas extienden sus ramudos brazos sobre el camino; las lomas son muy verdes, y el río, a pesar de lo avanzado de la estación estival, mantiene su caudal de aguas, que ocupan un ancho lecho y se mueven lentamente hacia el Oeste. Tiene semejanzas con los ríos de «at home». (No se sabe si el autor se refiere a los de Alemania o Inglaterra. N. del T.)

¡Qué confraste hace el paisaje de acá con el de las calurosas y polvorientas regiones que hemos dejado al Norte! El camino toma primero al Este y recorre así unas siete u ocho leguas, ascendiendo una autigua cadena de montañas que mira a un explayado delicioso.



Nos hemos detenido bajo el primer bosquecillo de peros y manzanas silvestres. Nuestro guía, Burgos, es un indigena pequeño y travieso que monta sobre un caballo que se parece a él. Después de un corto descanso, seguimos avanzando ahora por cuestas, en que todo ha cambiado y que ponen espanto en el alma. Son abruptas y más pendientes aun que las que hemos atravesado antes de llegar a Concepción. El Biobío queda, por fin, tras de unos montes, y estampamos nuestros nombres en la corteza de un árbol secular. Toda la comarca es un inmenso campo de tierra suelta arenosa y arcillosa. Al llegar a una zona cubierta de espesos matorrales, nos sorprendió la oscuridad v detuvimos la marcha. Los caballos cansados obedecen a duras penas. De improviso, el tañido de una campana de tonalidades solemnes llena el espacio. Los caballos y los jinetes cobran nuevos ánimos v en mi alma esto hace un efecto mágico. Eran las campanas de Rere, que, según tradición, tienen este singular tañido a causa de haber sido fundidas con una buena cantidad de oro. Este pueblo se halla situado a 18 leguas de Concepción y no es otra cosa que una aldea grande.

Presento al señor Lenares (don Narciso) la carta de Zerrano. Don Narciso, que es un caballero de edad, edentado, la mira y la coloca en su bolsillo. Es reservado en su trato y nos deja puertas afuera. Esto ya no nos sorprende. Después de una hora nos invita a tomar una taza de té. En el entretanto debe haber leído la carta mencionada más arriba y quien sabe si por eso nos comienza a tratar con la mayor deferencia. Nos hace servir luego una suculenta cena. Yo le toco la guitarra, acompañándome con cantos de mi propia cosecha. El nos devuelve la mano con mostos a discreción.

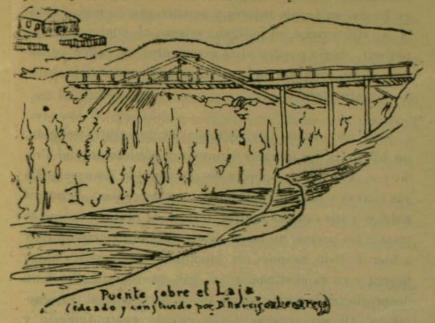
Al levantarnos a la mañana siguiente, el catre de Maas

cediendo con gran estrépito, sepulta vivo a mi amigo entre sus ruinas.

El camino sigue en dirección E. S. E. Baja la cordillera del Intermedio y va a dar al puente del Laja. Tras de una aparente última loma, aparece en el Oriente el volcán Antuco.

El río Claro y el Laja son tributarios del Biobío. En este sitio sufrieron los españoles, por parte de los araucanos, uno de los mayores desastres. El volcán Antuco es célebre en la historia científica por ser el único volcán conocido cuyo cráter sea formado por hielos que no se derriten cuando la blanca chimenea vomita sus masas incandescentes.

Hemos encontrado una pequeña carreta muy peculiar, cargada de uvas. Van un hombre y su mujer. Esta nos ofrece un racimo, con la gracia de una reina. ¡Oh, bello gesto! Sigue el camino fatigoso sobre arenas endurecidas en capas gruesas asoleadas y cubiertas de piedras volcánicas. Al caer la tarde, llegamos al puente del Laja, ideado y construido por don Narciso Lenares. El puente tendrá unos 60 pies de elevación sobre el nivel de las aguas, y medirá de largo unos treinta pasos. De construcción curiosa, pero sencilla, es obra exclusiva de don Narciso. El Gobierno no es capaz de construir ni un puente sobre el Maipu, ni sobre río alguno de este país, donde realmente son indispensables. Aquí un hacendado pobre le da el más hermoso ejemplo. A pie nos hemos puesto en marcha hacia las famosas cataratas del Laja, río que, como dejo dicho, nace del Antuco. En un principio, sus aguas, negras como la tinta, corren muy encajonadas, se precipitan luego, formando varias cascadas, cayendo de los contrafuertes rocosos. Más abajo son todavía oscuras y, aunque silenciósas, van corriendo rápidamente.



Llegados al pueblo de Nacimiento, lo primero que atrae mi atención es el Convento de los Franciscanos. Fray Felipe de Luca fué el primer misionero italiano que hemos encontrado. En 1835 vinieron a esta región, contratados por el Gobierno, que tenía la intención de someter por medio de las predicaciones de estos religiosos a los indómitos araucanos, 20 monjes. Los antiguos españoles habían introducido ya la Cruz mucho tiempo atrás y la habían mantenido a sangre y fuego, haciendo llegar hasta aquí la inquisición. Para desventura de ellos, el argumento más contundente en su favor hizo siempre falta, y lo mismo hoy día, porque ninguno de estos hombres sabe darse cuenta de lo que significa el ejemplo. Si una doctrina predicada a seres de cultura inferior no permite al

hombre no civilizado convencerse de sus buenos efectos, cuando los encargados de dicha doctrinà se empeñan más en buscar su propio interés y se entregan en mayor escala a vicios como el indígena mismo, al cual pretenden redimir, ¿cómo pueden ellos creer entonces poder conseguir algún progreso en la civilización de estos rudos hijos de la naturaleza?

Vosotros les enseñáis los misterios de vuestra religión, los bautizáis, los obligáis a repetir mecánicamente el Credo y el Ave María, pero vosotros también les arrebatáis sus tierras y los engañáis en las compraventas. Vosotros seducís a sus esposas e hijas, tratáis al indígena como se trata a los perros, no les enseñáis ningún principio útil y a fuer de todo, después os asombráis que persista en su fiereza y en su obstinación, y que guarde un odio y un desprecio implacables contra todos los blancos! Oh ignorancia! Oh superchería! Cuán grande es tu imperio y cuan ruin tu influencia!

Nos hemos alojado en medio de unos matorrales y junto a una cascada hemos instalado nuestro campamento. Los rayos del sol poniente producen en las aguas que se precipitan vistosísimos matices, y un sentimiento de honda melancolía se apodera de mí.

Llegada la oscuridad, duermo muy poco, debido a que continuamente se escapan nuestros caballos. Debo levantarme antes de las tres de la madrugada, pues me avisan que faltan tres caballos. Después de varias horas de rebusca, los encontramos, pudiendo partir de nuevo con el sol ya bien alto. El camino es demasiado parecido al que he mos recorrido el día anterior. Dirección S.O., distancia

recorrida ocho leguas, hasta llegar al pueblo de Los Ángeles. He aquí una villa tremenda.

La calle principal la forman una docena de pequeñas tiendas en cuyas puertas cada una ostenta una bandera chilena. La población ha estado a menudo expuesta a los ataques de los araucanos. Dos veces ha sido incendiada por los indios y una vez destruída totalmente por un terremoto. Reconstruída, comprenderá ahora unas cinco mil almas. La planta del pueblo es irregular.

Somos muy bien recibidos por un francés llamado Monsieur Descat. También aquí residen varios curas!...

Hay una tienda en que se comercia al estilo primitivo: los clientes entregan animales, cereales y toda clase de productos y los comerciantes les devuelven mercancías manufacturadas.

Conozco a don Juan. Es un hombre calvo, de pequeña estatura, muy hablador, francés y cirujano del ejército.

Ante mi vista desfila una banda de músicos que pertenece a un cuerpo de cazadores a caballo. Se organizan para tocar. Poseen sólo ocho instrumentos y tocan muy mal. ¿Pues qué creéis que nos tocan? Weber. Ah, pobre Weber! jamás habría de imaginarse que su último vals hubiera de ser mutilado y estropeado con tanta crueldad en un lugar perdido en la semicivilización! Qué impresión rara me produce esta música y qué efecto de profunda alegría se apodera de mí al escuchar las últimas notas agonizando en el aire oscurecido por el manto de la noche siempre hermosa!

Poco más caracteriza a los Angeles. Una barraca que es al mismo tiempo un fuerte y que no es otra cosa que un reducto cuadrangular rodeado de fosos y flanqueado

por torres desmoronadas. Hállanse emplazados aquí dos cañones de campaña y uno de 24 libras.

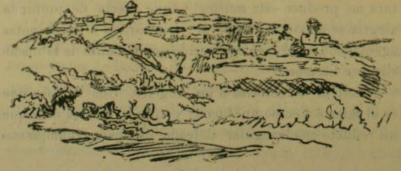
Aparecen los primeros indígenas. Tienen aspecto bárbaro y mirada penetrante. Compro dos mulas.

Estamos a 12 de Marzo. El guía ha sido mandado de regreso a Concepción.

Maas ha tenido otra vez mala suerte con sus cabalgaduras. Canjea uno de sus caballos por otro del guía que se ha ido y compra uno adicional en el pueblo; ambos tienen no pocas mataduras.

El 13, a las siete de la mañana, proseguimos nuestro viaje, esta vez acompañados por nuestro hospedero. Recorrimos tierras planas y resecas. En el horizonte aparece el volcán Villarrica. Las llanuras están cubiertas de tuft grass (cortaderas?). Nos apresuramos para llegar al río y tenemos la primera y grata visión de un bosque en donde hay muchos manzanos silvestres. Se hace agradable el camino a las orillas del río. Llegamos al vado a la una de la tarde y aquí nos aguarda una lancha bastante grande, cuyos lancheros están muy mal humorados.

El río, que se llama el Vergara y que es afluente del Biobío, tendrá aquí unas dos cuadras de ancho; es profundo y la travesía se hace muy [fastidiosa. A las cuatro de la tarde llegamos a Nacimiento.



Dacomiento.

La ubicación topográfica de este poblado no puede ser más pintoresca; rodeado de un vasto y hermoso panorama, domina el valle de los dos ríos. Tiene todo el aspecto de una ciudad fronteriza de indiadas. (Indian frontiertown). Hay un fuerte con todas las características de los fortines españoles. Hacia tres lados, fosos; hacia el cuarto, un barranco. Defendido por una pieza de campaña y por una compañía de infantería, es también poca cosa.

Hemos sido recibidos cordialmente por Rosario Díaz, un hacendado cariñoso, agente de Zerrano. Es un buen hombre, atormentado por dolores de muelas. Debo presentarle mi carta de recomendación del gobierno al gobernador, para poder conseguir pasaporte, ya que según los reglamentos en vigor, ninguna persona puede penetrar en el territorio indígena sin este requisito especial.

En la casa de las misiones, encuentro un órgano Seraphine de Berlín. Toco algo en él. Qué sensación produce en mi alma este descubrimiento! Hallar aquí, en la última frontera de los indios, tal testimonio de civilización.

Visitamos al gobernador. Es un caballero muy desprendido, que se esfuerza por darse un aire marcial. Lo encontramos lavándose las manos. Toma nuestra carta mientras conversa con nosotros, estando de pie; se sienta y lee lo escrito en la cara del sobre. «Al Gobernador, o en su ausencia, al Comandante de la Plaza de Armas». Abre la carta y repite suspicazmente las palabras «Al Gobernador»... arroja luego el papel diciendo con petulancia: «Es un asunto puramente militar». Su orgullo me parece estar ofendido. La expresión de su boca me lo ha hecho comprender.

Hemos visitado el fuerte. Jamás valdrá cosa alguna y ahora se encuentra convertido casi totalmente en ruinas. La guarnición se balla baciendo ejercicios; el oficial instructor parece estar más acostumbrado al lomo del caballo que al paso de parada, y al ver que uno de los visitantes tiene bastante aire militar, quiere lucir él sus galas y marcha a través del patio, moviendo sus piernas que semejan semicírculos y toma un carácter severamente militar.



Nuestro hospedero sufre de atroces dolores de muela, manda buscar una tenaza a casa de uno que dice llamar-se «el doctor». Éste responde en forma lacónica diciendo «que él no presta sus instrumentos quirúrgicos a ningún bruto».

Los oficiales llamados Comisarios de Indios, datan del tiempo de los antiguos españoles, es decir, la designación de estos señores. Han tenido y tienen por consigna prevenir discordias y disenciones. Aun hoy día los hay en estas regiones y cada cual tiene a sus órdenes a un determinado número de subalternos llamados «Capitanes de Amigos». Aquí los comisarios son dos y no sé cuántos los subalternos, o capitanes de amigos. El personaje más característico de la localidad es el Mayor Zúñiga. Traigo

una recomendación también para él. Desgraciadamente se encuentra entre los indígenas. Lo subroga su hijo, un tipo desenfrenado e indolente que nos recibe atentamente y nos presenta a Pinoleo, el primer cacique que vemos. Es hermano del cacique principal, o sea, de Colipí. Tiene seis pies de estatura, viste a la chilena, un traje semimilitar. Habla un poco de español; de expresión fría pero no del todo estúpida, promete acompañarnos. Se embriaga poco después como un chancho y olvida su compromiso. Él y su hermano poseen las dos mejores casas de Nacimiento. Sus hijas residen también aquí. Son dos muchachas grandes y nada feas. Dominan bien el español, pero siguen vistiendo el traje mapuche.

Nacimiento progresa considerablemente. Las casas modernas son construídas de adobes; las gruesas murallas se apoyan interiormente por medio de gruesos postes y se considera que éste es el mejor medio para impedir los derrumbamientos ocasionados por los terremotos.

El Domingo 14 de Marzo de 1847 hemos partido, por fin, al país de los araucanos, a las 7 y media de la mañana. Nos acompañan: el joven Zúñiga y Lorenzo Cid, que van como capitanes de amigos, y el orden de la caravana es el siguiente:

A la cabeza Zúñiga, Kinderman y Maas. Tras de ellos un guía.

Vienen en seguida los sirvientes con dos mulas cargadas de tiro.

Dos mulas de repuesto, ocho caballos, también de repuesto, dos sirvientes, mister Grühn y yo.

Los terrenos son muy planos y fértiles, pero no cultivados. A medio día ya hemos vadeado el Vergara y dos otros ríos cuyos nombres ignoro. Caminamos de Nacimien-

to en dirección S.S.O. y a las ocho leguas descansamos a orillas de un manso v ameno arroyo que se denomina el Renaico. Los caballos se escapan metiéndose a un campo cultivado. Una mujer indígena toma un lazo v consigue hábilmente capturarlos. Mientras discutíamos con ella respecto a los perjuicios ocasionados, llega hasta nosotros el hijo de Pinoleo, pero por fortuna no interviene y las cosas se arreglan. Es alto, obeso y de aspecto estúpido. Hasta aquí solamente llega el joven Zúñiga. Avanzamos cuatro leguas más para detenernos en un rincón triangular de campiña, rodeado por dos de sus laderas por matorrales tupidos, y en donde queremos pasar la noche. Colocamos tres centinelas, y yo he tenido que vigilarlos casi continuamente. El joven Pinoleo nos sigue y se muestra sumamente interesado por dos barriles que llevamos. Al anochecer se separa de nosotros. Individuos que trataron de robar nuestras cabalgaduras, perturban repetidas veces en la noche nuestro sueño v precisa hacerles algunos disparos para amedrentarlos.

A cinco leguas de Nacimiento se encuentran las ruinas de Colín, una de las ciudades antiguas y en sus tiempos, más grande que Concepción.

Nuestro compañero de viaje, don César Maas, se ha acomodado y ha dormido muy bien, mientras otros hemos velado.

A las 4 de la madrugada, los preparativos de la partida lo han despertado, y al dirigirme a él, me ha dicho que todavía la oscuridad es infernal y temible y se ha dado vuelta para el otro lado.

A las 5 hemos salido siempre en la misma dirección, y durante 15 leguas hemos seguido un camino por demás monótono, que atraviesa algunas cuestas no tan resecas como las del Norte.

Después de una jornada bastante larga, por campos despoblados, de improviso se nos presentan los primeros hombres de la raza del país. Colipí, acompañado de un séquito de no menos de 50 indígenas, ha hecho un alto, de viaje a una fiesta, y descansa a orillas de un arroyo encantador, donde la comparsa parece haber estado durmiendo la siesta.

A unas cien yardas de esta gente, paramos nosotros nuestra marcha y le enviamos nuestros intérpretes, con instrucciones de darle cuenta de nuestro cometido, como asimismo de las recomendaciones del gobernador y otras, manifestándole también nuestros deseos de atravesar toda la Araucanía y pidiéndole un baqueano.

Colipí es un hombre de unos 50 años, de mediana estatura, ancho de cuerpo y grueso de miembros. La expresión de sus facciones indica buenos sentimientos e inclinaciones sensuales, así como firmeza de carácter. Apesar de tener menos edad que su hermano Pinoleo, ha sabido conquistarse el rango de jefe de los indígenas independientes de Chile. Usa una camisa blanca. Envuelve su cabeza con un pañuelo de color, cuya manera de atarlo le da una forma semejante al gorro que usan los escoceses. Envuelve su cuerpo en una pieza de tela cuadrada del país. Calza botas de cuero de caballo, las cuales, como dato ilustrativo, se fabrican desprendiendo el cuero de una pata del animal recien muerto y amoldándolo aún caliente, a las formas del pie y de las pantorrillas. Este sistema proporciona un excelente calzado, que no tiene otro inconveniente que dejar afuera los dedos de los pies

La manera de vestirse de Colipi es la usual entre los indígenas, exceptuando la camisa, y este hombre intencionalmente conserva esta indumentaria, en vista de que su hermano Pinoleo, adoptando el vestido español, ha ido perdiendo su ascendiente entre sus compatriotas.

Tras de considerable demora volvieron los intérpretes, invitando a nombre del cacique «a los caballeros» a avanzar. Llegados al sitio en que se encontraba la comitiva, fuimos recibidos por parte de éste con la mayor dignidad, estrechándonos el cacique a cada cual la mano y asegurándonos en su lengua nativa, que nos recibía como a amigos. Preguntó secamente por Bulnes y si había alguna novedad en Santiago. Mientras duraba este interrogatorio, su séquito se mantenía severamente de pie a cierta distancia de nosotros, cuidando los caballos. Terminada la ceremonia de presentación, nos invita a la fiesta a donde él iba, y más por temor de ofenderlo que por sumisión, Kindermann y yo aceptamos el convite.

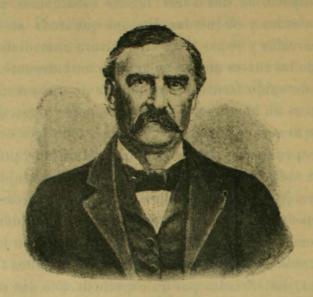
Puestos en marcha, el indio va a la vanguardia seguido a alguna distancia por un muchacho que es su mensajero. Más atrás va su hijo Pedro, que tiene unos veinte años y que es un individuo de fisonomía muy poco expresiva y tuerto. A continuación vengo yo, que converso con el heredero y quien domina bastante bien el castellano. Por último, el acompañamiento de indígenas, en grupos de a dos o tres. Cabalgo yo mi Coipo y todos los indios tienen deseos de comprármelo o de cambiármelo porque ven que es un buen caballo. Bastante intruso ha sido a este respecto un sujeto primo hermano de Colipí, y en tiempos de guerra su ayudante de campo, un indio neto, pero bueno. Mucho les ha llamado la atención mi montura y sobre todo mis espuelas, por lo livianas y cómodas para calzar-

las. (Sigue una descripción demasiado minuciosa de las monturas de los araucanos).

Por espacio de dos o tres leguas cabalgamos por tieras asoleadas y onduladas. En una quebrada se cultiva maíz, cereales y papas y en una altura inmediata hay 4 casas, de las cuales una tiene aspecto muy decente. Todos se han detenido frente a ella delante de un cerco; el propietario es un hombre gordo, de fisonomía vulgar, de edad no muy avanzada. Aparece y saluda a todos y a cada uno de los concurrentes con las palabras «Mari Mari peñi» que quieren decir «Te saludo, hermano, o Bienvenido seas, hermano», y sólo después de esta pequeña ceremonia es lícito apearse y buscar el interior de la casa, en donde nos guarecemos del sol, sentándonos en el suelo con las piernas cruzadas y en hileras de a cuatro, los unos frente a los otros, distanciados por un espacio de sólo dos pies.

El dueño de casa, bajo el corredor que nos alberga, entona con expresión monótona la fórmula de saludo que se usa en ocasiones solemnes y que es un canto a base de tres notas: La, mi, la, repetido. La primera parte de este canto es pronunciada impetuosamente, los dos últimos tonos con calma majestuosa. Los invitados contestan en forma análoga, principiando por los tonos reposados. Este himno cantado así dura su buena media hora, y en la letra se van haciendo mutuas averiguaciones sobre sus mujeres, hermanos, hermanas, abuelos, abuelas, tíos, tías, chacras, ganados, etc., etc., etc.

Por último el personaje se acuerda de nosotros y musicalmente da amplias informaciones sobre nuestro viaje y los motivos que nos llevan al Sur. Habíamos dicho a Colipí que íbamos a Valdivia en busca de nuestras mujeres e hijos, y el cantante, solemnemente al llegar a esto, agrava el tono y se calla. Hay un rato de sosiego y de recogimiento. El ceremonial se ha desarrollado con gran so-



Doctor Aquinas Ried, según grabado en madera publicado en el libro del Doctor Franz-Fonck «Lebensbild Eines Deutschen in Chile, Dessau 1894-5».

lemnidad y poniendo todos caras rigurosamente severas. Terminado el ritual, aparecen las mujeres, que vienen del interior de la casa trayendo grandes fuentes humeantes llenas de carne asada. La más grande de todas estas fuentes, de greda, es colocada frente a Colipí, quien, después le servirse, pasa la vianda a los huéspedes más distinguidos, por orden jerárquico.

Todos comemos a la rústica y como caníbales. Como en el día anterior yo no había comido casi nada y el de hoy lo había pasado en ayunas, cabalgando y arreando las recuas de hombres, de caballos y mulas, me sabe a manjar lo que estoy comiendo.

La carne de caballo es el guiso preferido de los mapu-

ches. Se suceden los platos y son tan parecidos los unos a los otros, que casi se diría que seguimos comiendo la misma cosa. Los condimentos cambian un poco y de repente se nos presenta la carne caballuna aliñada con una salsa ardiente de ají que casi nos deja sin resuello. Hay que servirse de todo lo que nos traen, usando como únicos utensilios los dientes y los dedos para destrozar las presas. Los comensales se afanan ahora en libar algunas gotas de un líquido horrible, que se escancia en unos cucharones tallados en madera, pero lo suficientemente grandes y chatos para que quepan en las fauces de un rinoceronte. Los dedos engrasados se limpian en las botas y las bocas grasientas en los ponchos. Observo que esto no deja de ser una ventaja, ya que contribuye a ponerlos impermeables, aquí donde llueve tanto!...

Después de no sé cuántos platos, me han servido la bebida. ¡Dios mío! Qué líquido! Maíz verde mascado por mujeres viejas! (porque han de tomar para esta delicada tarea justamente a las viejas sin dientes o casi sin ellos!) Convenientemente mezelado con saliva, recolectan este jugo en grandes tinajas de greda y agregándole un poco de agua lo dejan fermentar. Esta infernal mezcolanza es la que se afanan en servir en cada festejo. Las viejas brujas, encuclilladas junto al botijo, mastican sin cesar el maíz, moviendo las lacias y arrugadas mejillas y la visión de las hechiceras de Macbeth se presenta a mis ojos.

Para honrar a los convidados y en este caso para honrarme a mí, Colipí llena un cacharro de madera, que tiene la forma de un aguamanil, me brinda su contenido y se lo bebe. Vuelto a llenar lo pasa a su víctima infeliz, que soy yo, y la obliga a no dejar gota en él. No puede ser veneno, ya que en un solo día he tomado galones de este néctar y todavía estoy vivo.

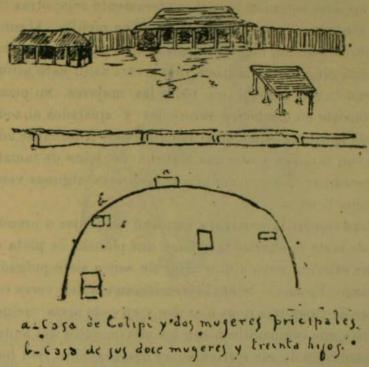
La mayor distinción prodigada a un huésped consiste en obsequiarle un canco lleno de este brebaje, provisto de un cacharro. Precisa entonces, más bien dicho, es entonces obligación beber con todos los que han brindado anteriormente con uno. Al presente esta fórmula paréceme algo que no tendrá fin!

Inspirado por una idea, me dirijo al cacique y le digo que nos permita ir a ver nuestros caballos y a nuestros mozos que han quedado solos. Accede el araucano, mas al querer nosotros montar a caballo, se nos acercan él y el dueño de casa provistos ambos de largos y retorcidos cuernos llenos del líquido y, como despedida, nos exigen beber todo el contenido. Al darse cuenta Colipí de que yo me he engullido todo aquel néctar de un solo trago, el indio me estrecha la mano y en tono de gran satisfacción me dice: «Tú es muy hombre». Con uno de sus mozos nos manda de regalo una oveja.

Arribamos a la vivienda de Colipí, que consta de dos establecimientos con buenas casas.

En la del centro vive él con sus mujeres preferidas, y en las casas vecinas, el resto de sus esposas, catorce en total, fuera de la prole. El segundo establecimiento pertenece a su hijo mayor, que, siendo aún muchacho de erveinte años, tiene ya dos mujeres.

Fuimos instalados bajo la ramada que se destina al recibimiento de los forasteros. La comida fué servida inmediatamente bajo uno de los corredores de la casa mayor y en una mesa cubierta con un mantel no muy sucio; se nos ha ofrecido cazuela de aves, asado de cordero, maíz y papas a manera de budín; en fin, una comida abundante y bien preparada, eso sí, con abundante grasa y demasiado ají. En el centro de la mesa fué colocada una gran



fuente. Cada persona tenía delante de sí un plato. De entre el conjunto, había cuatro de plata pura, lo mismo que cucharas y tenedores, aunque toscamente manufacturados. Los cuchillos no era finos. La comida se sirvió a voces de comando dadas por Colipí; todos los comensales esperaban estas voces con las cucharas y los cuchillos en la mano. El cacique dijo la palabra «a la carga», «coman no mas». Si durante la comida se necesitaba algún utensilio, como ser cucharas o tenedores, lo arrebataba simplemente del comensal que estuviera más cerca.

Terminada la comilona, las mujeres se reunieron en un rincón apartado, para aprovechar las sobras. Estas hembras y estos hombres pintan sus caras de una manera muy singular, a excepción de Colipí, su hijo y el dueño de casa. Usan para esta toilette colores ocre y añil. Algunas mujeres ostentan la cara enteramente roja; otras llevan pintada una línea roja de mejilla a mejilla. Algunos hombres ostentan bigotes rojos y azules, otros aun marcan en cada mejilla una lágrima roja y otra azul. Este último adorno es casi general en todas las mujeres. Su peinado consiste en mechones retorcidos y ajustados al rededor de la cabeza, semejando salchichones. Adórnanse además con zarcillos y con una plancha de plata de tamaño extraordinario, que, colgando de las orejas, algunas veces les topa la nariz.

Para sujetar la vestidura emplean un alfiler o prendedor de plata de enorme tamaño, o una plancha de plata en forma esférica, cuyo alfiler mide de seis a siete pulgadas de largo. El cuello lo envuelven innumerables veces con sartas de chaquiras rojas o azules y en cada sarta cuelgan chiches que campanillean con los movimientos del andar. La expresión de sus rostros no es desagradable. Son buenas, serviciales y humildes estas pobres mujeres! Hay entre ellas muchas que parecen ser de origen blanco; parécense un poco a las mujeres holandesas y no me cabe duda que son de origen sajón. En la época de las disensiones entre Holanda y las colonias españolas, las monjas de varios conventos, que eran flamencas o alemanas, fueron robadas en esta parte de Chile por los indígenas; de aquí quizás esta semblanza con los antepasados europeos.

Las mujeres araucanas son por lo general obesas, chicas, de pie ancho y de andar pesado, semejante al andar de los patos. ¿Cuál es la causa de esto? Yo supongo que sea la vida misma y los hábitos, la costumbre de manejar las criaturas colocadas a la espalda dentro de una especie de cuna, que consiste en una tabla que atan a la cabeza. Los hombres no participan tanto de esta peculiaridad en



el andar, quizás si por estar acostumbrados desde niños a ejercicios corporales de toda clase. Montan a caballo, corren a pie, cosas ambas que las mujeres casi nunca hacen. Por mi parte, jamás he visto una india que no tenga esta manera de andar. La cuna, como he dicho, cargada a la espalda, la sostienen con cintas que la madre afirma en la frente

He visto madres tan precoces que no podrían tener más de doce a catorce años y que parecían chiquillas. En cuanto a los bailes, los araucanos no los conocen. Sus mujeres no son otra cosa que esclavas, que están a cargo de todos los trabajos, desde sembrar, arar, cosechar, partir leña, acarrear agua, moler cereales, hacer chicha y cocinar. Los hombres, demasiado guerreros y belicosos, no le han tomado afición a diversiones como el baile; en

cambio, enseñan a bailar a sus caballos. Hasta tienen maestros encargados de enseñar este arte. El jinete sujeta firmemente las riendas y apretando los costados de la cabalgadura de una manera muy especial, comienza por entonar un canto monótono. El principal paso de esta danza ecuestre consiste en hacer cruzar las patas delanteras del caballo, y es el más aplaudido quien las cruce mejor. Muy pocos consiguen que los animales ejecuten esta prueba con las cuatro patas a la vez. Sólo Colipí y su hijo tienen un caballo de esta especie. Para los indios, en general, un animal de esta clase es una demostración de gran riqueza, y la danza ecuestre una de las diversio-

nes preferidas.

Por este caballo, Colipí pagó doscientos pesos, un precio excesivo si se quiere, pero, según él, no lo habría vuelto a vender por menos del doble y en plata sonante, porque no quieren recibir oro.

La caras pintadas dan a los indios un aspecto desagrable y ridículo; sobre todo a las mujeres cae mal esta manera de adornarse. Aquí, como en todo el mundo, reina también la moda, y en verdad no hay gran diferencia entre las sartas de chaquira que envuelven el cuello de una ignorante indígena de Chile, y el vello

Caballo bailando

de oro de alguna farsante imperial...

Pasamos una noche intranquila por los caballos molestados por innumerables tábanos, que abundan en las inmediaciones del arroyo donde habíamos instalado nuestro campamento. Mientras nos vestíamos, apareció Colipí acompañado sólo de un niño. Kindermann había cambiado un caballo grande, pero gastado, con un indígena de las inmediaciones, entregándole éste uno bayo. En la noche el caballo recién adquirido desapareció. Expusimos nuestras quejas al cacique, quien mandó llamar al expresado indio inmediatamente. Tras de algunas diligencias, el animal fué encontrado. A pesar de haber sido desventajosa la negociación para el indígena, que sólo en su estado de completa embriaguez pudo efectuar, Colipí consideró bien efectuada la venta, pero recomendó a Kindermann que indemnizara al indio de alguna manera, ya que el caballo canjeado se hallaba en estado lastimoso.

Acompañamos a Colipí a su casa, que distaba unas tres leguas. El camino recorre terrenos poco atrayentes; de distancia en distancia vemos colinas artificiales que recuerdan antiguas sepulturas. No podría decir si los indígenas tendrán alguna tradición al respecto, pero lo cierto es que, murmurando, hacen reverencias al pasar sobre ellas sin saber explicar por qué. Son de considerable tamaño y bastante numerosas. Esta parte del país ha sído muy a menudo teatro de sangrientas luchas, que se han resuelto por lo general en favor de los indios. Si fuesen sepulturas, estas colinas tendrían gran semejanza con las de los antiguos germanos y celtas. Todos los indígenas dicen que son de origen artificial, pero jamás darían su consentimiento para que alguien las examinase.

Colipí nos mostró sus grandes engordas en que pastaban miles de animales vacunos. Tiene ocho o diez potreros donde se crian vacas y yeguas. Uno o dos establecimientos de quesería, tres mil vacas lecheras, trescientos caballos de silla, muchas ovejas, y en un cenagal que queda cerca de la casa, numerosos chanchos alzados.

Las viviendas del cacique están habitualmente situadas en lugares estratégicos para ser defendidas con facilidad. Forman en total una isla de difícil acceso. Colipí posee cerca de dos mil cuadras de excelentes terrenos; rodea la casa por dos de sus lados un inmenso pajonal, dando acceso al interior un angosto paso; por el tercer costado se encuentra la cordillera de la costa y por el cuarto unas colinas y una laguna que permitirían una tenaz resistencia. Difícilmente un ingeniero de oficio habría podido escoger un sitio más apropiado, y ningún ejército de línea podrá jamás penetrar aquí sin sufrir enormes pérdidas. Aquí suele pasar revista a su séquito que comprende hasta ocho mil lanzas.



. Indio manejando la lanza

Los araucanos usan una lanza excesivamente larga, de veinte a veinticinco piés, de caña natural del país secada y endurecida al humo por espacio de dos años por lo menos. La punta es corta y toscamente labrada, y muy particular la manera de usarla, que contraría, al parecer, toda regla guerrera. El golpe decisivo viene siempre de abajo; el indio afirma la lanza en el suelo y aprovechando su elasticidad, la hace levantarse como dando un huascazo de punta contra el enemigo. Entonces, en vez de seguir por el mismo impulso, inmediatamente empuña

la lanza más firme aún y arremete. A pesar de esta manera de pelear, al parecer absurda, los indios desprecian toda otra clase de armas y de estrategias. (The speare of infantry only excepted). Han vencido así frecuentemente a los españoles, que fueron los mejores soldados de la Europa.

Por su carácter, los araucanos son de un valor indómito, pero generosos; astutos, distínguense por un amor irreductible por su libertad. Por otra parte, el araucano es indolente y flojo. La embriaguez sólo le hace salir de su inherente flojera.

Durante las batallas, el indio es bravo y resiste tenazmente el ataque, y vencido, se repone con pasmosa facilidad. Va a los combates completamente desnudo para no ser molestado por sus vestiduras y sólo los cabecillas usan una coraza de cuero, compuesto de seis o siete cueros su perpuestos, mal cosidos, que alcanzan a cubrir el tronco, el cuello y hasta las caderas. Colipí tiene en su casa algunas de estas defensas, que proceden del lado oriental de los Andes. Parécenme un excelente preservativo contra los golpes de lanza y de espada, no así contra las balas.

Manejan admirab!emente el caballo, asidos fuertemente a él con o sin montura; son jinetes cuya agilidad asombra. Al atacar, lanzan gritos horrorosos a todo pulmón y se golpean constantemente la boca con la mano.

En cuanto a las manifestaciones artísticas y a la música en particular, revelan mucho menos afición que otros pueblos en idéntico estado de cultura. Como he dicho, no bailan, tampoco cantan y tienen sólo aquellas recitaciones monótonas que ya he mencionado. El único instrumento musical que conocen es la «trutruca», que consiste en una caña en forma de corneta de diferentes tamaños,

que varían entre un pie y doce o catorce pies de largo. En este último caso, un hombre sostiene el instrumento sobre uno de sus hombros mientras el otro sopla. Produce este instrumento un solo tono semejante al berrear de una vaca.



En cuanto a sentimientos de ternura, como el amor filial o el amor conyugal, apenas si caben dentro de sus corazones.

De paso sea dicho: la base de la sociabilidad araucana es la poligamia. Las mujeres ocupan el primer lugar entre los seres irracionales. La riqueza de un indígena se expresa así: tantas mujeres, tantos caballos, tantas vacas, tantas ovejas y chanchos y tanto terreno.

Sus incesantes guerras han originado este estado de cosas, aumentando cada día el número de las mujeres sobre los hombres. Estas infelices esclavas, en ausencia de los hombres, quedan a cargo de todos los trabajos, y apena ver a un hombre civilizado cómo estas indias parten y cargan leña, mientras los hombres ociosos, que han regresado de alguna correría, sirven de espectadores (1).

DR. AQUINAS RIED.

⁽¹⁾ A pesar de que en el título de este diario se expresa que se trata de un viaje de ida y regreso, los originales que poseemos quedan interrumpidos en esta parte, a causa de haberse extraviado la continuación.

